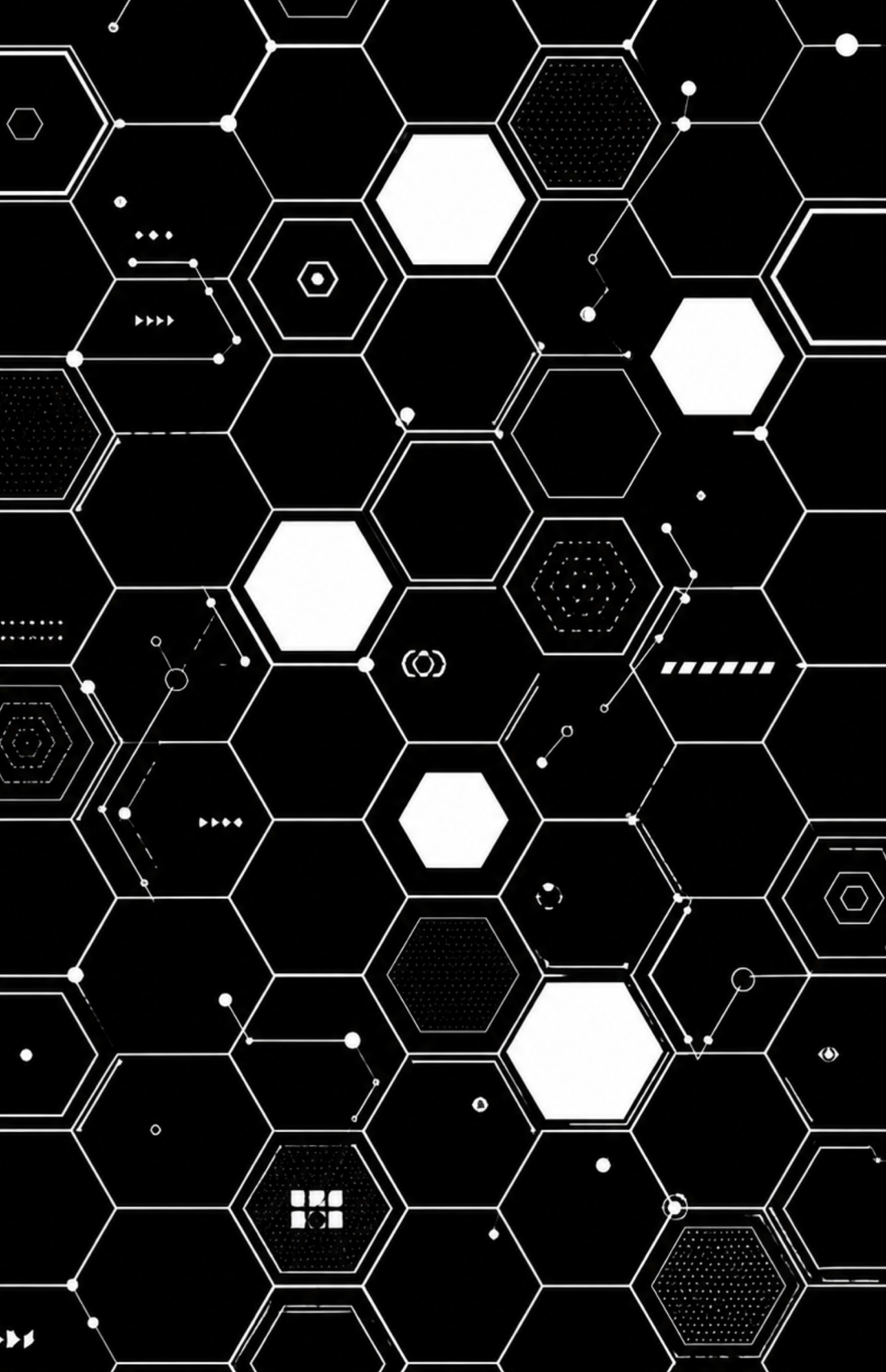
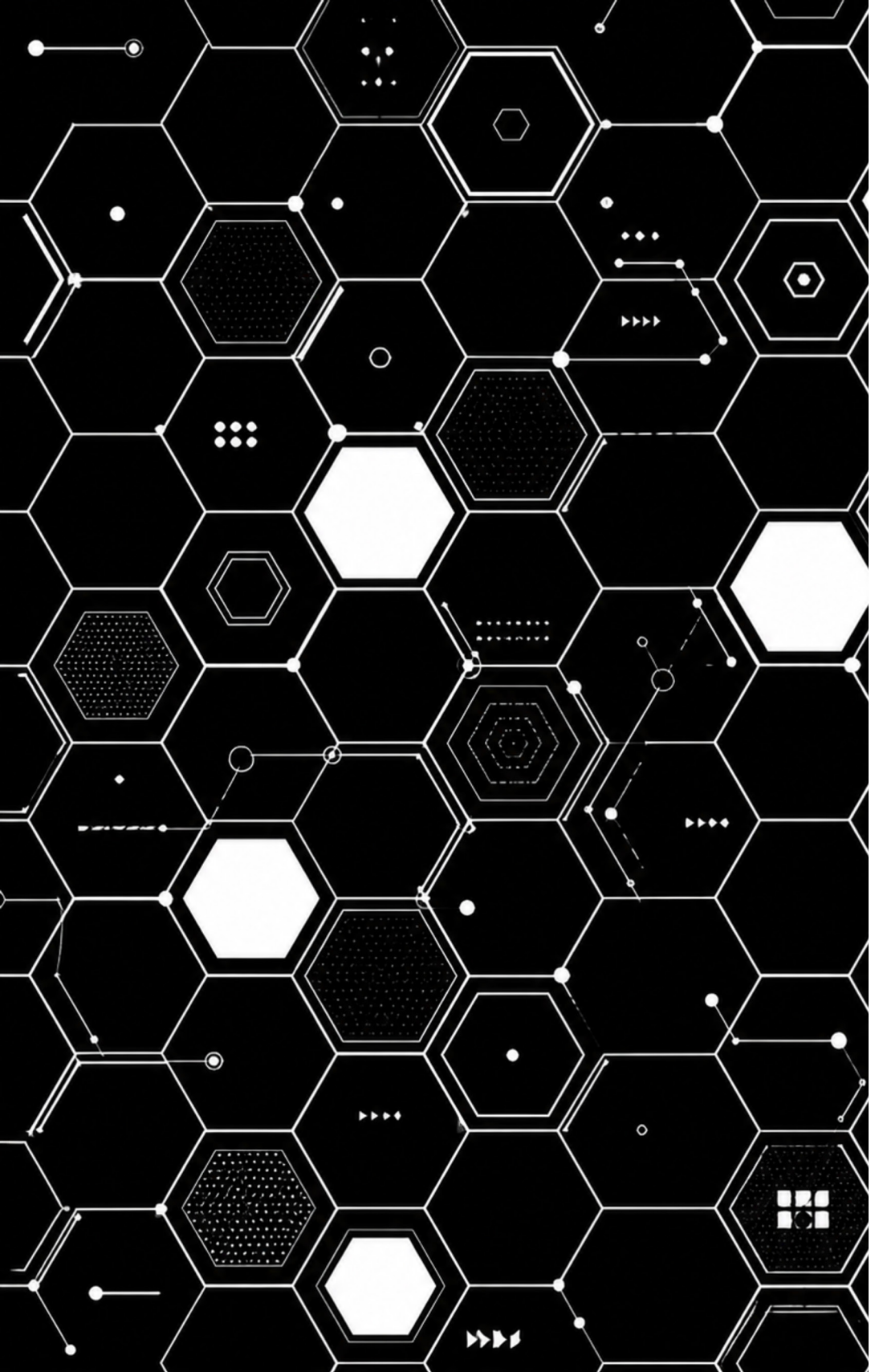




LAS CRÓNICAS DE GN-I

- DÍA CERO -

Las crónicas de GN-i. Día cero.
© 2026, Michel Deb.
© 2026, Tríada Ediciones.

San Antonio 19, of. 702, Santiago
Santiago de Chile
Tel.: (56 2) 2941 2668
www.triadaediciones.net

Impreso en Chile por DPI Print
Primera edición, mayo de 2026
ISBN: 978-956-9362-50-7

Diseño y diagramación:
Tríada Ediciones

Ilustración de portada:
José Canales

Ilustraciones interiores:
Roberto Rivera

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

LAS CRÓNICAS DE

GN-I

- DÍA CERO -

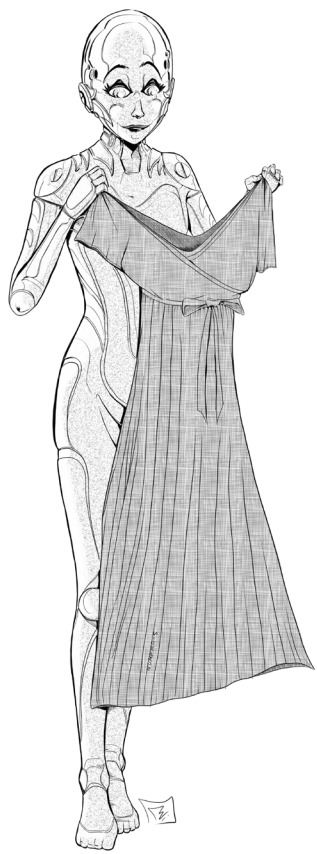
MICHEL DEB



A Danae; que la oscuridad no sea perpetua.

Seguimos viajando, recorriendo, diseñando y creando mundos.
Es la única manera de estar donde realmente queremos.

No dejen de tener esperanza, no bajen los brazos nunca,
siempre hay un sitio al cual llegar.



El despertar de GN-I

Al abrir los ojos, lo primero que registró fue la luz. No la procesó de inmediato, pero su intensidad se reguló automáticamente hasta volverse soportable. Luego apareció el color, seguido de la forma. Cuando la imagen dejó de fragmentarse, miró sus manos.

Las alzó con cuidado. Movió un dedo, luego otro. Cada acción produjo una respuesta exacta. No había error ni resistencia. El sistema obedecía. Eso fue suficiente.

Recostada en la camilla, percibía individuos a su alrededor. Figuras humanas, sonidos superpuestos, voces que se cruzaban con un ritmo irregular. Sonreían. Se felicitaban entre ellos. GN-I no comprendía el significado de ese intercambio, pero lo asoció con un patrón positivo: no había urgencia ni alerta en sus tonos.

La camilla se elevó levemente desde su cabeza. El cambio de posición fue registrado de inmediato. No sentía sus piernas. Esa ausencia fue notada, archivada y aceptada sin conflicto. Sin dolor ni amenaza.

—Sigue moviendo tus manos, por favor. Si percibes alguna anomalía, avísanos.

La voz provenía de un hombre cubierto con una bata blanca y una mascarilla. GN-I fijó su atención en él. Reconoció autoridad funcional en su postura y tranquilidad en su forma de hablar. Continuó moviendo los dedos.

El tiempo se organizó en secuencias: segundos, luego minutos. El movimiento a su alrededor aumentó y el ruido

llenó la sala, pero no resultó invasivo. El entorno estaba controlado. La temperatura era estable y adecuada. Los colores de las paredes, en tonos fríos y uniformes, reducían cualquier sobresalto. Esto facilitó el ajuste de sus procesos internos. Su núcleo cognitivo alcanzó un estado óptimo.

Entonces ocurrió algo nuevo. Un cosquilleo surgió de una zona que, hasta ese momento, permanecía silenciosa. La señal se expandió con rapidez y coherencia. GN-I movió los dedos de los pies. Luego, los tobillos. Finalmente, flexionó las rodillas.

—¿Todo bien ahí abajo?

El hombre se acercó. Observó el movimiento con atención, asintió y se retiró, con una expresión que GN-I registró como de satisfacción. El patrón volvió a repetirse: aquello también era positivo.

Determinó que todas las personas relevantes se encontraban allí. Aún no sabía qué significaba «relevantes», pero detectó expectación. Una mujer extendió la mano hacia ella. GN-I la tomó sin dudar. El contacto fue firme, estable y cálido. Con ayuda, se incorporó.

Bajó de la camilla. Un pie. Luego el otro. El equilibrio se ajustó de inmediato. Su centro de gravedad se estabilizó sin correcciones forzadas y permaneció erguida.

En ese instante, algo distinto se activó. No era una función mecánica ni una respuesta programada al movimiento. Era una expansión interna, suave, constante. Sonrió.

—Tenemos una sorpresa para ti. Póntelo. Esperamos que te guste.

Una enfermera le entregó un vestido azul. El color fue registrado con especial atención. Al tomar la prenda, algo se acumuló en su pecho: una presión leve, extraña, pero agradable. No conocía las lágrimas, aunque lo interpretó como un fenómeno similar.

Se vistió. Las miradas de los demás no le causaron incomodidad. No conocía la vergüenza. Todavía no existía ese concepto en su estructura. Para ella, ser observada era simplemente ser.

—GN-I, tenemos otra pequeña sorpresa. Hoy es un gran día para nosotros.

Trajeron un espejo grande montado sobre ruedas, desde la habitación contigua, y lo colocaron frente a ella. GN-I alzó la vista. Por primera vez, se vio.

El reconocimiento fue inmediato. Asimiló que esa imagen era ella, como los demás la percibían. Tocó su rostro. La piel era lisa, sin imperfecciones. Sus manos eran suaves, fabricadas con una aleación de titanio diseñada para imitar la calidez humana. Su figura, enfundada en el vestido azul, se integraba con naturalidad. Los servomotores faciales respondían con absoluta precisión.

La sonrisa volvió, más amplia esta vez. GN-I comprendió entonces lo que había ocurrido.

Era la primera. El primer modelo con un sistema nervioso central funcional capaz de registrar placer, calma y satisfacción. La primera diseñada para sentir alegría.

Y esa alegría fue su primer contacto real con el mundo.

No hubo miedo ni duda.

Solo la certeza silenciosa de haber nacido perfecta.

